



## La Luna como la vemos

Por MANUEL PRADOS Y LOPEZ

No le interesa al hombre la verdad de la Luna tanto como las bellas apariencias del argénteo disco, sus posibilidades metafóricas y poéticas, sus dulces mentiras, en una palabra. La vida del hombre es demasiado corta para ambicionar el dominio sobre la verdad de cada cosa y de cada prodigio que admira. Mejor le será tomar de las cosas su hermosura para gozarla intensamente, humildemente. La verdad objetiva perseguida, la verdad secreta y deseada como algo material y asequible, es motivo de angustia en la cual nos sorprende el tránsito de la ficción a la Verdad.

Nuestra economía es toda propicia al desconcierto de las apariencias. La Verdad absoluta es de «allende». Intuirla es sensato; pero pretender poseerla en todo y en cada parte es ridículo. No tenemos apenas tiempo ni de apercibirnos para desentrañar la verdad de un solo misterio. Y estamos rodeados de agentes misteriosos, saturados de misteriosas agrupaciones de maravillas. La verdad es creer, presentir. Los enamorados, bajo la Luna, se sienten grandes porque acomodan la inmensidad que los rodea a su efímero gozo posible de unas horas o de unos minutos. No toman los molinos por gigantes, como Don Quijote, sino, al revés, creen que la Luna es una lámpara circunstancial para su amor. Y así, un hombre y una mujer tan pequeños, dentro de su poquedad, difunden su propia emoción en la hermosura de la noche, permaneciendo cerrados a la verdad matemática del Cosmos, a la posible iniciación del cálculo y al empleo de la memoria en la aplicación de lo poquísimamente aprendido; abriendo, en cambio, de par en par las puertas del alma al poder sugeridor de la belleza ambiente. Y entonces, el alma es lo grande y lo inmenso es lo pequeño: la noche, un palio; las estrellas, brillantes lejanos; la Luna, disco de plata, círculo de papel-pantalla, farol de feria, globo de celofán, tulipa de quinqué. No empuqueñecen nada los enamorados: agigantan su propia ilusión, engrandecen su propia felicidad.

De todos modos la Luna se reirá de los hombres, de sus ingenuas y al mismo tiempo atrevidas imágenes, como se ríe de las aguas del mar y de todas las demás aguas airadas o en calma, como se ríe de la plata de los olivos y de la cal de las paredes y de las formas de los jardines. Pero lo mejor es que la Luna se ría de nuestras pobres ansias que nos permiten la engañadora delicia de lo pasajero y el señorío precario y loco de nuestra imaginación en el paisaje. Lo mejor es que la Luna se ría. Lo peor es que se muestre indiferente, muda, ante el hombre porque éste, en su soberbia, en su debilidad y en su tristeza, aspire a reducir a cifras el misterio de la blanca hermosura errante por los ciclos...

Qué le importa al hombre conocer de la Luna más que su plata encendida, su belleza luminosa y vigilante, sus cuartos juguetones, sus desvanecidos circulares, sus transformaciones en óvalo, su espléndido y sereno señorío en la noche?

Los enamorados que sueñan bajo la tranquila luz blanca y fría del satélite no necesitan saber siquiera que «aquello» es un satélite nuestro, y menos aún les interesa su evolución cósmica, ni su composición, ni su volumen, ni su peso, ni su distancia a la Tierra. Les basta sentirse felices ante el prodigio de aquel ojo colosal que se ríe allá arriba bondadosamente. Les basta creer que la Luna es lo que parece o puede parecer: unas veces, cara redonda; otras, pandero; otras, globo; otras, perfil bicornio propicio a que colguemos en su cuerno inferior ilusiones dignas de la grandiosidad del firmamento, en un alarde fumambulesco de la fantasía.

La humana sabiduría es, si no inútil, tan deficiente, que apenas influye en el desenvolvimiento del tiempo ni pone brizna en el aire de los siglos. Y, en todo caso, «añade dolor». No es que exaltemos la ignorancia; es que combatimos la locura de la desapoderada investigación y el obstinado empeño de invadirlo todo con un insaciable programa para descifrar la objetividad de cuanto somos, vemos o palpamos. Saber es bueno si sólo queremos saber lo que conviene a nuestro afán, a nuestra condición y a nuestra ventura, y damos un sentido humilde a ese querer.